

En el andar discreto  
abrazando los brazos  
de tus brazos más caridosos  
la vida de la vida.

Te miraba por las ventanas  
el mundo mostraba de sus ojos locos

Julio Santiago García Pino, nacido en Cáceres, criado en Miajadas (Cáceres) y residente en Madrid, donde trabaja, es el autor de estas dos poesías. Desde muy temprana edad muestra interés por la Historia y la Literatura, llegando a escribir un libro titulado *Historia de Miajadas*, el cual se publicó en diciembre de 1994.

Estos dos poemas «La decisión es mía» y «Veinte de octubre de 1994», son sacados del libro suyo publicado en 1996, *Poemas de amor para una reina destronada*, donde el autor ofrece las distintas formas de decir «te quiero» a la persona que amamos.

**La decisión es mía**

*Me desbordaría  
el corazón de alegría,  
si mañana me dijeras  
que has decidido quedarte.*

*Que has pensado  
llenar mi soledad,  
en la que estos años  
he estado sumergido.*

*Que impregnarás  
mi pequeño corazón  
con una nueva fragancia  
llamada amor.*

*Que sonreirás  
en la primavera anochecida,  
para que al resplandor de tu mirada  
pueda ballar tus labios entreabiertos.*

## Veinte de octubre del noventa y cuatro

En el andén dieciséis  
aguardas hoy desesperada,  
de tus quince años cansada,  
al tren de la vida.

Tu mirada persigue impacientada  
el maldito movimiento de una aguja loca,  
que a cada vuelta, te roba  
sesenta suspiros de tu boca.

En la estación de adolescencia,  
tus piernas rítmicamente tiemblan  
al escuchar la retirada  
del tren de la inocencia.

Sientes cerca de tu alma  
una voz que de pronto exclama:  
**«Efectuará su salida  
el tren con destino a juventud».**

## CUENTO

### Cuando era moda llevar los mocos por fuera

Estábamos una tarde en la Zafrilla catando los corazones de las sandías. Serían las seis. Francisco, *el Paco*, que tenía prontos, dijo: «Marica el último». Y le entró el súbito de echar a correr y montarse en la bici y pedalear. Todos hicimos lo mismo. Las bicis pesaban catorce kilos de cuerpo muerto o ferroviario y, como juanes palomeros, éramos jornaleros o gregarios de nuestro propio destino. Nada más entrar al puerto de las callejas del Conejar, los primeros repechos sirvieron para que el grupo compacto se fragmentara. El pelotón de cabeza, es decir, *el Paco*, perdía unidades. José, *el Pepe*, que usaba tirantes, hacía la goma. Pasé de mi cómoda cuarta posición a la octava y seguía descolgándome. En la cima iba el último. Comencé a pedalear como si el diablo me persiguiera. Esto del diablo era la técnica para concentrarme y pedalear más que ninguno: imaginaba al maligno detrás con sus rojizas garras llameantes y sus fauces babosas de par en par queriendo engullirme; los días que estaba centrado podía percibir su fetidez, el demonio huele a carburo o a melón podrido, depende. Y aceleraba hasta límites insospechados, como si llevarse un avispero en el culo. Me lancé a tumba abierta cuesta abajo y sin freno. Aquel día el sol era del enemigo traidor y sin la gorra de los piensos me deslumbró y no apreció la piedra bestial en el camino, choqué de pleno. Paré en seco. Coroné el espacio con un bucle y caí, como se cae en estos casos, de espalda y con la bici encima. A lo lejos se divisaba el grupo como un eco que se iba, era tal la distancia que